

tes órdenes religiosas y delegados de diferentes lugares de los 1.255 socios de esta Asociación.

A continuación transcribimos el texto de esta declaración, de la que se facilitarán ejemplares a cuantos lo pidan, en la secretaría de esta Asociación, calle Princesa, 21. Barcelona-3.

ANTE LA SITUACION ACTUAL DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

En el año centenario de la muerte de San Antonio María Claret —modelo de sacerdotes y obispos, según el Corazón de Cristo— no podía faltar nuestra peregrinación sacerdotal a su sepulcro, cobijado en el nuevo y espléndido Santuario de Vich.

Queremos seguir sus huellas luminosas en esta hora difícil de la historia de la Iglesia y del mundo, y santificarnos como él, en las duras circunstancias de nuestro tiempo.

Hemos de reiterar nuestra absoluta repulsa a ser encasillados en cualquiera de las divisiones en que algunos pretenden escindir la Iglesia. Somos sacerdotes, a secas, sacerdotes de Jesucristo sin adjetivos ni dependencias ni adhesiones que no sean nuestra sagrada vinculación a la Iglesia por el bautismo y el orden sacerdotal. Para nosotros son totalmente artificiales las ya desacreditadas clasificaciones de integrismo y progresismo, aperturismo y conservadurismo. A otros puede que les interese propalar estas ficciones; a nosotros, en absoluto, no. Jesucristo no es el jefe de un partido político ni de sectas enfrentadas. Es el Unigénito del Padre, el único Señor, Redentor y Maestro. Su Iglesia es, también, una y única.

Mucho se habla hoy de pluralismo en el Pueblo de Dios. Siempre lo ha habido. Cabe una legítima diversidad de escuelas filosóficas, teológicas, y de espiritualidad. Pero si “nuestro nombre es cristiano y nuestro apellido es católico” —según la exacta sentencia de San Paciano de Barcelona— sería de todo punto inadmisibile que los Pastores aceptasen y tolerasen como católicos, con los apellidos que se inventen, a quienes niegan abiertamente verdades tan fundamentales de nuestra fe como la Trinidad, la divinidad de Cristo, la Eucaristía, el Decálogo, la institución divina de la Iglesia, la divina maternidad y virginidad perpetua de María, los Sacramentos, etc.

Nuestra ASOCIACION DE SACERDOTES Y RELIGIOSOS DE SAN ANTONIO MARIA CLARET, nacida de la letra y del espíritu del Concilio Vaticano II, fiel a la “Declaración de Principios y criterios sacerdotales” proclamada aquí hace dos años, siente la necesidad —en conexión con la autoridad de la jerarquía, antes con el deseo de apoyarla— de levantar la voz en

esta ocasión ante los problemas de la Iglesia en España en el momento presente.

I. SEMINARIOS, VOCACIONES Y SACERDOTES.

Es público y notorio que se cierran los seminarios, que disminuyen las vocaciones, que apenas hay ordenaciones, que dentro de los propios seminarios ocurren hechos desagradables, que se amontonan las deserciones sacerdotales y religiosas. No es un secreto que se discute la esencia e identidad del Sacerdocio. Ante tal panorama queremos expresar nuestro pensamiento.

Ciertos métodos y experiencias de este último decenio son causa segura de tamaña decadencia. La recta formación en los seminarios y noviciados exige, ante todo, una piedad verdadera y una seria disciplina. Se han secado las fuentes de espiritualidad y se ha quebrado la ascética cristiana que forjaba el temple de los grandes caracteres. A la vista están los resultados. Con ceguera pertinaz se prefiere recurrir a motivos sociológicos discutibles antes de reconocer el error y desandar el mal camino. Que nuestro diagnóstico es certero lo demuestran algunos casos concretos de seminarios diocesanos y noviciados religiosos y misioneros que, oasis en el yermo, son ejemplo para todos.

La formación intelectual de los futuros sacerdotes no puede sino fundamentarse en la filosofía perenne, en la teología inspirada en el pensamiento de Santo Tomás, en el seguro magisterio de los Concilios y de los Papas. El estudio del marxismo e ideologías materialistas —tan justamente marginadas por Pablo VI en su reciente *Octogésima adveniens*— a la luz de la doctrina pontificia, rectamente interpretada, ha de preservar a nuestra juventud de los engaños, errores y redes organizativas del ateísmo y de la subversión anticristiana y antisocial. Pedimos, pues, seminarios encauzados según el genuino sentido eclesiástico, reafirmado por el Vaticano II. De otra suerte, se malograrán más y más vocaciones, que, en conciencia, tenemos el deber de suscitar y salvar por los medios que el mismo derecho natural nos aconseje y el Espíritu Santo nos inspire.

II. FE Y VIDA CRISTIANA.

El Papa, el 5 de enero, y el Episcopado español el 25 de marzo, han dado su voz de alerta ante los peligros crecientes que amenazan la pureza e integridad de la Fe. Por lo que toca a nuestra patria, hemos de constatar que, junto a una catarata de reuniones, asambleas y planificaciones de pastoral, estamos asistiendo a una devaluación de aquellos medios que solían ser eficaces para la sal-

vaguarda de la Fe de nuestro pueblo y fomento de la moral y de la piedad. Misiones populares, Ejercicios Espirituales, Cursillos de Cristiandad, predicaciones extraordinarias, van desapareciendo al socaire del menosprecio de unos y la apatía de otros.

Mientras, hay que lamentar el escándalo de homilias en el templo y escritos en periódicos católicos y hasta "Hojas" diocesanas que perturban la fe de los católicos y siembran el error y la duda. La "mayoría silenciosa" del pueblo fiel sufre un acoso incesante, y suspira por voces de orientación —que apenas llegan a sus oídos— de los pastores de la grey, y por el ejercicio —que no perciben— de la autoridad de que han sido revestidos con personal responsabilidad ante Dios.

La enseñanza religiosa merecería capítulo aparte. En modo alguno hay que renunciar a ella. Niños y adolescentes están expuestos a una ignorancia supina en materia de Fe y Moral, gracias a teorías plenamente gratuitas y a conductas del todo antipastorales. Y a nuestro Episcopado le rogamos que, sin minusvalorar el esfuerzo de los "Catecismos Escolares", no permita que desaparezca el llamado "Catecismo Nacional", en sus tres grados. Por un Catecismo nacional luchó en el siglo pasado San Antonio María Claret. No vamos a perder un fruto notable recién conseguido y que es instrumento aptísimo e insustituible para la catequesis familiar y parroquial.

III. UNIDAD CATÓLICA DE ESPAÑA.

No se puede confundir la unidad católica de una nación con ningún régimen político concreto. La Unidad Católica es la plenitud de la evangelización de un país, con sus innegables ventajas sobrenaturales y aún sociales. Y hasta debe ser la meta de un verdadero ecumenismo, que no se confunda con el sincretismo religioso o una especie de ONU de religiones. Claro que no significa la militancia ni la santidad de los ciudadanos católicos. Significa, sí, que la mayoría social de una nación y los actos primordiales de su vida están signados por el carácter católico. Y que, sin menoscabo de la verdadera libertad religiosa, los ciudadanos gozan con facilidad de todos los medios de salvación que sólo la Iglesia Católica puede ofrecer a los hombres.

En todos los tiempos la Iglesia reconoció el fuero sagrado de la conciencia y toleró la convivencia con otras confesiones religiosas. España es un ejemplo histórico, con sus deficiencias humanas comprensibles. No desconocemos la Declaración del Vaticano II sobre la libertad civil en materia religiosa. Pero con Juan XXIII y Pablo VI hemos de proclamar que la Unidad Católica es para España su mayor gloria y el bien supremo que urge conservar

y defender. La Unidad de Fe será siempre un ideal hacia el que hay que tender y el Estado confesionalmente católico jamás dejará de ser un postulado del magisterio eclesiástico.

Ante el anuncio de un nuevo Concordato entre la Santa Sede y el Estado español, creemos necesario afirmar, en nombre de millares de sacerdotes y de millones de españoles, que, así como repudiamos cualquier clase de enfeudamiento de la Iglesia, reprobamos como un gravísimo daño espiritual para la Iglesia, las almas y la misma patria, la separación de la Iglesia y del Estado —quienquiera que sea su propugnador— en clara oposición a la doctrina católica de siempre, confirmada por el Vaticano II (cfr. *Gaudium et Spes*, núm. 76).

Nuestras parroquias y pueblos se ven invadidos por una serie de sectas, procedentes casi todas de Norteamérica, a cuál más pintoresca y absurda, pero que hacen y harán un daño incalculable en personas de poca formación religiosa. Amparadas en un reconocimiento otorgado, quizás con exagerada benevolencia, se entregan a un proselitismo ilegal, abusivo y harto inoportuno y molesto. Sin que el número de adeptos lo justifique en modo alguno, van multiplicando sus capillas y salones de reunión. Falsificadores de la Biblia y fanáticos de la letra, llegan a aberraciones anti-humanitarias y amenazan gravemente la unidad del país y son radicalmente anticatólicos. No es éste, ni muchísimo menos, el espíritu de la auténtica libertad civil en materia religiosa.

Si a todo esto unimos el bochorno de la literatura marxista y sexual que nos abrumba y la caída vertical de los valores morales en el orden público y privado, cabe reconocer que nuestra Unidad Católica corre grave peligro y que se halla amenazada toda la vida espiritual de la nación. A tan triste coyuntura han llevado innúmeros pecados de acción y también de omisión, que alcanzan a las más altas potestades religiosas y políticas.

Que nuestra voz de alarma llegue hasta la Santa Sede y los Poderes públicos del país. Si más no podemos, nosotros, sacerdotes, defenderemos la Unidad Católica con nuestra plegaria ante Dios, con nuestras predicaciones y con la formación de conciencias cristianas que sepan amarla y se arriesguen a defenderla por todos los medios lícitos.

IV. ASAMBLEA CONJUNTA.

No queremos omitir este tema de actualidad. La Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes, proyectada para septiembre, ya indicamos en otra ocasión que, en principio, no nos satisfacía. Porque nos parece ver en ella un vicio de origen que radica en la famosa Encuesta tan deslabazada y ofensiva, sujeta a respues-

tas prefabricadas en un abanico no siempre suficiente y satisfactorio, y que tuvo que ser cumplimentada en unas breves y agotadoras horas y en ambiente multitudinario muchas veces. No ha sido verificada en todas las diócesis, es elevado el porcentaje de sacerdotes que no respondieron —p. e., en Barcelona se ha reconocido el 38 por 100 de abstenciones— y aún muchos de los que contestaron lo hicieron a disgusto y por mera reverencia a la Jerarquía. Nos consta, además, que muchos Prelados jamás habrían sometido a su clero semejante encuesta y sólo consintieron bajo la presión de ciertos sectores del Episcopado y del clero. He aquí una muestra de los riesgos de una mal entendida y peor aplicada corresponsabilidad episcopal.

Aparte de que los documentos-base para la Asamblea han sido ya objeto de tremendas polémicas, nos confunde el enorme dispendio económico dilapidado ya en la Encuesta y el que supondrá la Asamblea. No vemos por ninguna parte la tan cacareada "Iglesia de los pobres", ni asoman los necesarios remedios de la actual situación, si hay que esperarlos de verborrea parlamentaria y de votaciones democráticas. No van por aquí los caminos de una sana regeneración espiritual y apostólica del clero, sino por los que siguieron nuestros grandes sacerdotes santos y los innumerables que con su sangre rubricaron su fidelidad sacerdotal a Cristo, a la Iglesia, a todas las almas.

Reservamos para el último lugar de este escrito, lo que en la mente de nuestra Asociación ocupa el primero: nuestra constante consagración al Corazón Inmaculado de María, Madre de Dios y de la Iglesia. De Ella esperamos las soluciones que los hombres no podemos alcanzar. Fieles a la verdad montfortiana: "quien no tiene a María por Madre no tiene a Dios por Padre", permaneceremos en la brecha con Cristo y la Virgen.

En esta hora grave de la Iglesia, en que parece que nuevamente el mundo se despierta "arriano", no hay sitio para el miedo ni para el cansancio de los buenos. Borraremos del diccionario la palabra "imposible". Lo decimos sin fanfarronería: nos juramentamos a luchar por ser fieles a la Iglesia como lo hizo San Antonio María Claret en su época, y con el mismo sueldo que el suyo: calumnias, agresiones y arrinconamiento.

Hemos querido ofrecer a nuestro Episcopado y a nuestros fieles, una vez más, nuestro sincero pensar. En medio de la noche oscura, ya se vislumbran destellos de luz. El pueblo creyente definiendo su Fe con valentía ya en todas partes. Y sobre nuestras cabezas brilla la Estrella que nos guía, María Inmaculada, la "destructora de todas las herejías". La victoria de la Santa Fe Católica es segura.

En Vich, 14 de junio de 1971.